

ARTÍCULO

FUTUROLOGÍA DEL LIBRO ELECTRÓNICO

Quinta entrega sobre la emergencia del libro electrónico y los retos que pone a la industria del libro en papel, en particular a sus actores principales, el autor y el editor. El libro electrónico entraña una revolución cultural que afectará la manera en que se escriben, editan, leen y circulan los libros.

ERNESTO PRIANI SAISÓ
E ISABEL GALINA RUSSELL

LA TRANSFORMACIÓN DE LOS AGENTES

Con las transformaciones de las que hemos venido hablando, ¿qué pasará con los agentes tradicionales del mundo editorial? ¿Aparecerán nuevos actores con el libro digital? ¿Qué tan diferentes serán los productores del libro electrónico de quienes lo hacen en papel? A simple vista, para la mayoría no son tan distintos, pues, tratándose de libros, el autor, el editor, los formadores, los correctores, los revisores de pruebas, los ilustradores, etcétera, no tienen por qué cambiar mucho. Quizá, y pensando rápidamente, sólo el impresor se vería sustituido por un desarrollador de *ebooks*. Pero las cosas no son tan simples como aparentan.

Todavía hoy el libro electrónico parece entenderse como subproducto del libro en papel y, en esa medida, sus procesos suelen subordinarse a los de la producción de los ejemplares físicos. Dentro de la secuencia de producción son tratados como salida paralela que comparte la mayor parte del proceso editorial con el papel. Sin embargo, esta aparente semejanza no es tan obvia ni tan estable como podría suponerse. En el proceso, la edición electrónica tiende a volverse independiente porque tiene su propia lógica de producción, comercialización y difusión. El cambio, aunque paulatino, ya está en proceso y, como se verá, afecta a todos los que participan en él, comenzando por el autor. Se trata de modificaciones de sentido y de la incorporación de nuevas habilidades que no son irrelevantes para la producción de libros. Todo lo contrario: aunque las diferencias parezcan pequeñas, éstas entrañan profundas transformaciones culturales.

En esta entrega trataremos de manera general la adaptación de estos actores al nuevo mundo del libro electrónico, enfocándonos en primer lugar en el autor, que es la pieza central del proceso, ya que la modificación de su función revela cómo el libro digital es parte de una revolución en la forma de producir cultura y conocimiento. Las funciones de los otros actores de la creación del libro, el editor, el editor académico, el corrector, el diseñador... también serán examinadas, aunque con menor detalle, pues su cambio tiene que ver con la manera en que se van incorporando al mundo editorial los elementos y las habilidades de la cultura digital.

ESO QUE LLAMAMOS AUTOR

Aún es difícil pensar que el autor de un libro electrónico sea diferente al autor de uno en papel. Ya que las obras se venden en ambos formatos, no parece que haya alguna diferencia sustantiva. Sin embargo, como el *ebook* forma parte de un cambio mucho mayor, el de la digitalización del texto, del que es consecuencia y reflejo, la función del autor ha comenzado a modificarse desde hace unas tres décadas. Los cambios se han producido en al menos dos niveles distintos. El primero se refiere a la definición conceptual del autor, es decir, las funciones de autoría y autoridad implícitas en su trabajo. El segundo se refiere a las nuevas formas de escribir y difundir textos.

Sobre la autoridad del autor. El cambio en la manera de concebir al autor no comienza con la aparición de los *ebooks*, que, en realidad, son la última novedad dentro de una transformación iniciada con las primeras capturas de textos en computadora en la década de 1970 con el Project Gutenberg. Sin embargo, hasta los años ochenta cuando la relación del autor con el texto empezó a cambiar de manera importante por la introducción y popularización de la computadora personal.

Con la introducción del procesador de palabras, quien escribe deja de ser el creador de textos manuscritos o mecanografiados, originales únicos que el editor convertía en libro, cuyos ejemplares idénticos eran vendidos. Con la computadora personal y el procesador de palabras, el escritor se vuelve productor de textos digitales, los cuales tienen las cualidades de ser fácilmente reproducibles, modificables y distribuibles, para lo cual, además, no se requiere la intervención del editor: el texto digital, a diferencia del texto en papel, parece bastarse a sí mismo.

Son estas cualidades las que harán que, con la llegada de internet, el texto digital encuentre los numerosos modelos de publicación y distribución de los que hemos hablado en entregas anteriores —página web, blog, Wikipedia, Twitter, Facebook—, donde la autoría va adquiriendo un nuevo carácter.

Las reflexiones sobre el paso del autor *análogo* al *digital*, como los denomina Poster,¹ suelen partir del texto de Michel Foucault “¿Qué es un autor?”, para describir, en primer lugar, la idea que tenemos de él en el mundo del papel y a partir de ahí describir su transformación en el mundo digital.

Foucault plantea como idea central que el autor no es una persona o un individuo que escribe, sino aquel que cumple una función dentro de un discurso. Esto quiere decir que la palabra *autor* cumple un papel determinado dentro de una serie de enunciados que tienen valor jurídico y epistemológico. Eso pasa cuando, por ejemplo, alguien se declara autor de una obra, registrándola ante la autoridad correspondiente, y así adquiere una serie de derechos, como el *copyright*. Lo mismo ocurre cuando un estudioso de la literatura atribuye, por ejemplo, a Díaz Mirón la autoría de una obra determinada. En ambos casos, el *autor* tiene una función que Foucault describe así: “Un nombre de autor no es simplemente un elemento en un discurso [...]; ejerce un cierto papel respecto de los discursos: asegura una función clasificadora; un nombre determinado permite reagrupar un cierto número de textos, delimitarlos, excluir algunos, oponerlos a otros. Además, establece una relación de los textos entre ellos [...] Finalmente, el nombre de autor funciona para caracterizar un cierto modo de ser del discurso: para un discurso, el hecho de tener un nombre de autor, el hecho de que pueda decirse que ‘esto fue escrito por Fulano’, o que ‘Fulano es su autor’, indica que dicho discurso no es una palabra cotidiana, indiferente, una palabra que se va, que flota y pasa, una palabra inmediatamente consumible, sino que se trata de una palabra que debe ser recibida de cierto modo y que debe recibir, en una cultura dada, un cierto estatuto”.²

Como se desprende de esta reflexión de Foucault, autor es un principio de apropiación que no se produce de forma espontánea ni de manera universal, sino

que es elaborado por un conjunto de agentes: editores, críticos literarios, estudiosos de la literatura, etcétera, y es aplicado principalmente a un grupo de textos considerados como literarios, y no a otros textos, como los políticos y los científicos, donde la autoría es valorada como menos relevante, si bien hoy ésta se extiende a prácticamente todos los textos publicados. Este principio de apropiación tiene consecuencias legales y forma parte del régimen de propiedad del libro, que reconoce en quien escribe al titular de determinados derechos y obligaciones. Autor es una función que aparece en un momento determinado de la historia, función que adquiere relevancia mayor con la producción masiva de libros y el desarrollo del negocio cultural alrededor de quienes escriben obras. Se forma así una figura jurídica que alcanza su mayor relevancia en el siglo XX y principios del XXI por el encumbramiento mediático de los escritores y la consecuente expansión del negocio cultural alrededor de sus obras.

Es curioso, sin embargo, que en este momento en que el autor ha sido convertido en estrella —pensemos en J. K. Rowling o en Dan Brown— esté ocurriendo también el tránsito hacia la autoría digital, donde la relación entre la obra y su autor se altera en una forma que aún no resulta del todo clara, pero cuya transformación ya es evidente.

Para Siân Bayne, la autoría se ve sensiblemente afectada cuando el texto digital encuentra medios de distribución masivos, pues a través de éstos y por la facilidad de su reproducción, no sólo se simplifica su copia, sino que ésta se vuelve potencialmente infinita. Este hecho, recalca Bayne, afecta sensiblemente la autoridad del autor como fuente de valor sobre el texto³ y, por lo tanto, disminuye su importancia en las características de agrupamiento, propiedad y autoridad que Foucault encuentra en la función de autor tradicional.

“¿De quién es el texto?” es una pregunta que resulta cada vez menos relevante en el mundo de internet, donde el vínculo del texto con el nombre de quien lo escribió puede deshacerse en cualquier momento, ya sea para perderse o para confundirse con otros textos y otros nombres. La facilidad para modificar textos y acelerar su circulación fragmentaria o íntegra por la red produce una transmisión y una lectura sin atribución, o con una atribución débil, en la que en ocasiones se mezclan el nombre de quien comparte el texto con el de quien lo produjo originalmente. Este debilitamiento del vínculo del autor y el texto es lo que para muchos otorga mayor importancia o incluso autoridad al lector frente al texto: él es quien lo distribuye, lo recomienda, lo explica e, incluso, lo atribuye.

Para Mark Poster, el texto digital es más independiente de su autor de lo que era antes y, en esa medida, hay una “rearticulación del autor del centro del texto hacia sus márgenes, desde la fuente de sentido hacia un ofrecimiento, un punto en una secuencia de la continua transformación de la matriz de significado”.⁴

Pero ésta no es la primera transformación del lugar del autor en la cultura del libro. Siguiendo a Poster, nuestra cultura del libro “contiene dos principios, ninguno de los cuales se utilizó durante el primer siglo o más de la producción de libros: que la copia que uno ve en su propia mano es el exacto duplicado de todas las demás, especialmente aquellas de la misma edición, y que se debe creer que el ‘autor’ del libro ha escrito las palabras que uno lee”.⁵ Durante los dos primeros siglos de producción de libros impresos, la confianza del lector estaba más puesta en el grupo que producía el libro que en su autor. En ese tiempo, el editor solía aparecer como el autor de la obra, aun por encima de quien la hubiera escrito. Él era la verdadera fuente de confianza y de valor. Tuvieron que pasar, pues, muchas cosas para que el editor cediera su lugar al autor como la figura que da valor a la obra escrita. Siguiendo a Poster, la alfabetización se tuvo que generalizar, el mercado del libro tuvo que expandirse, así como perfeccionarse el sistema del *copyright*. En ese contexto, el autor emergió como figura más importante que el editor, para lo cual fue necesario que cambiara la noción de individuo y éste fuera definido como una conciencia interior que se expresa a través del texto escrito, al mismo tiempo que la idea de originalidad asociada con la personalidad fuera creciendo y adquiriendo valor, mientras los lectores fueron desarrollando las habilidades para interpretar estos hechos y hacerlos significativos en el momento de la lectura.⁶ Es entonces cuando el autor se vuelve autoridad sobre su texto, tanto en términos de apropiación, como de dominio y significación.

La distribución del texto digital altera estos dos principios que Poster refiere como fuentes de nuestra cultura del libro: que la copia que tenemos es el duplicado exacto de lo que el autor escribió y que, en efecto, éste lo redactó. La razón de este cambio es que el autor está dejando de ser la fuente de significado del texto y de su valor. Cuando nos referimos al autor de un texto digital, en el fondo estamos dando únicamente una señal, entre otras muchas, para interpretar el texto. Por ejemplo, el responsable de una entrada de blog no siempre dota de autoridad o incluso de significado a sus palabras porque puede ser alguien absolutamente desconocido para uno y por lo tanto sin ninguna autoridad reconocida sobre lo que escribe. Pero la autoridad puede provenir de otro lado: de la secuencia de búsquedas en la que aparece esa entrada, del contexto en que otros hacen referencia a ella y de su vínculo con otros textos. En estas secuencias o referencias, el nombre del responsable puede no ser visible o pasar inadvertido porque quien lee el texto le otorga valor a partir de otros principios o de otras fuentes. Así, conforme los textos circulan por la red, la función de autor tiende a debilitarse y a apuntar a una transformación completa de lo que entendemos por esa figura. Éste es el cambio más significativo de la figura del autor, pero no es el único. Junto con esta diferencia en la forma de valorar la atribución, se han modificado también los modos y los medios de escribir.

Cambios en el proceso de escritura. Para Kathleen Fitzpatrick, la pérdida de autoridad del autor tiene otro trasfondo, pues el texto digital tiene al menos estas tres características: “*commenting, linking, and versioning*”. Para Fitzpatrick, se producen textos “que ya no son diferentes entre sí o estáticos, sino que viven y se desarrollan como parte de una red de otros textos, entre los cuales fluyen las

1 Mark Poster, *Print and Digital Authorship*, Aarhus, The Center for Internet Research, 2001, p. 78.

2 Michel Foucault, *Obras esenciales*, traducción de Miguel Morey, Julia Varela, Fernando Álvarez y Ángel Gabilondo, Barcelona, Paidós, 2013, pp. 298 y 299.

3 Siân Bayne, “Temptation, Trash and Trust: The Authorship and Authority of Digital Texts”, en *E-learning*, vol. 3, tomo 1, 2006, pp. 16-26.

4 Poster, *op. cit.*, p. 92.

5 *Ibid.*, p. 87.

6 *Ibid.*, pp. 88 y 89.

El responsable de una entrada de blog no siempre dota de autoridad o incluso de significado a sus palabras porque puede ser alguien absolutamente desconocido para uno y por lo tanto sin ninguna autoridad reconocida sobre lo que escribe.

ideas”.⁷ Estas características no sólo afectan la función de autoridad del autor sobre el texto, sino que afectan a todos en tanto que productores de textos.

Para Fitzpatrick, el escritor contemporáneo —y ella tiene en mente sobre todo al escritor académico— desarrolla su escritura en un contexto muy distinto al del autor análogo. Una parte de esta diferencia es la posibilidad de hacer pública su escritura antes de terminarla. Es el caso de autores que publican parte de su trabajo en blogs, que lo desarrollan después en artículos en línea y que luego recogen todo lo escrito junto con los comentarios recibidos en un nuevo texto que conformará un capítulo en un libro, al que pueden agregarse todos los vínculos generados, es decir, todos los textos con los que ha sido puesto en relación.

Esta forma de trabajar de cara al lector implica una nueva forma de relacionarse con el texto. Porque, por un lado, el texto dejará de tener el atributo de complejidad que normalmente atribuimos a los libros en papel. Por otro lado, también cambiará el sentido de la originalidad, pues un texto que se transforma a partir de su distribución digital y que en realidad no termina de modificarse, será menos claramente original que las obras concluidas en libros, a partir de los cuales irradian su influencia.

Por eso Fitzpatrick afirma que “esto requerirá justamente de un cambio radical en nuestra comprensión de qué es lo que hacemos cuando escribimos, porque si nuestros textos van a continuar creciendo cuando los publicamos en línea, necesitaremos estar presentes en ellos, cuidar su crecimiento —quizá no por siempre, pero ciertamente por más tiempo del que le hemos dedicado a la publicación en papel”.⁸

Sea porque cambie el sentido o porque cambie la forma de trabajo, el autor de textos digitales y, por extensión, el autor de libros digitales no es ya el mismo que escribía libros en papel hace treinta años, antes de la aparición de la computadora personal. Ésta es una figura que se debilita y pierde autoridad sobre su texto, al que al mismo tiempo ve crecer y transformarse por los medios electrónicos más allá de su control. Se trata de un fenómeno que, por supuesto, no es ajeno al libro electrónico. Éste, como hemos visto en entrega anteriores, no es realmente algo distinto a otras publicaciones electrónicas (al final, es un texto formado en XML, igual que cualquier página de internet) y comparte con ellas las mismas posibilidades de compartir, comentar, vincular. La mayoría de las aplicaciones actuales para la lectura de *ebooks* —y es algo que sin duda marca su tendencia— son también herramientas para socializar la lectura: compartir subrayados y fragmentos, comentarios, datos, reflexiones que desde la unidad del libro pasan a formar parte de la red de textos que circulan por internet. El libro electrónico, así, es parte de la tendencia que está cambiando la forma de trabajar y de comprender al autor, al que incluso está por darle otros atributos, como ser su propio editor.

El nuevo papel del autor como editor. La formación de un libro electrónico, como hemos visto, es simple y no representa mayor dificultad para que el autor edite el suyo propio. La distribución tampoco es un obstáculo. Amazon, por ejemplo, ha facilitado el proceso para que los autores coloquen sus libros directamente en el portal y, a diferencia de los distribuidores de libros en papel, no estén sujetos al requisito de volúmenes de negocio que sólo las empresas establecidas pueden manejar.

Por eso se ha hecho frecuente escuchar historias de éxito de obras autopublicadas, como las de Teresa Ragan, quien ha vendido más de 650 mil ejemplares de sus libros, o de quien, con una inversión mínima, ha obtenido importantes ganancias por sus libros.⁹ Este fenómeno del éxito editorial fuera de los canales tradicionales de edición comienza a ser una constante que implica, por supuesto, un desafío para el editor tradicional. A fin de cuentas, si los textos circulan sin el nombre del autor, también pueden hacerlo sin el nombre del editor.

Según una nota publicada por *The Guardian*,¹⁰ la autopublicación se está convirtiendo en tendencia dominante. Según las estadísticas de 2012, la cantidad de libros autoproducidos en los Estados Unidos había crecido exponencialmente en los seis años precedentes, hasta alcanzar 400 mil títulos nuevos en 2012. En números redondos, el número de libros autopublicados habría crecido 422% desde 2007 hasta llegar a la cifra de 391 mil libros anuales. De este crecimiento, la autopublicación mediante *ebooks* ronda el 40% del total y es, según la misma publicación, el sector de mayor crecimiento con una tasa de 59% anual respecto a 2011.¹¹

Esta tendencia tiene serias consecuencias tanto para el autor como para el editor. Para el primero se abre la posibilidad de prescindir de la mediación del editor

7 Kathleen Fitzpatrick, “The Digital Future of Authorship: Rethinking Originality”, en *Culture Machine*, vol. 12, 2011, p. 9.

8 *Ibid.*, p. 12.

9 Heïdïd Michel, “How Writers Used Free Tools to Get Their Books Noticed, in *The Wall Street Journal*”, *Self-Published Book Success Stories*, 16 de julio de 2013. Consultado en online.wsj.com/article/SB10001424127887323475304578501390745524694.html.

10 Alison Flood, “Self-publishing Sees Massive Growth”, en *The Guardian*, 25 de octubre de 2012. Consultado en www.theguardian.com/books/2012/oct/25/self-publishing-publishing.

11 Estadísticas tomadas de “Self-Publishing Movement Continues Strong Growth in U. S., Says Bowker”, en *Bowker*. Consultado en www.bowker.com/en-US/aboutus/press_room/2013/pr_10092013.shtml (24 de julio de 2014).

(y de las dificultades y restricciones para publicar un libro) y de adquirir nuevas responsabilidades respecto de su obra. Para el segundo significa una merma de su autoridad en relación con el texto, lo cual nos hace preguntarnos si estamos ante el principio del fin de los editores.¹²

Por supuesto, es muy difícil contestar esta pregunta ahora. Pero es evidente que el editor se enfrenta, como el autor, a la necesidad de redefinir su significado y su tarea. No sólo se encuentra en un mercado donde las tendencias están modificándose significativamente, tanto en los formatos como en los patrones de producción, distribución y promoción, sino en el que están apareciendo otros actores con los que tendrá que competir y ante los cuales deberá ganar autoridad.

Una rápida mirada a la venta de libros electrónicos y de papel y a las ventas en línea frente a las ventas en librerías en Estados Unidos, deja ver un panorama que no parece reversible. Según las estadísticas de Bookstats en 2013¹³, las ventas de libros en línea en Estados Unidos en 2012 fueron de 1111 millones de dólares frente a una disminución de 194 millones de dólares de las ventas de libros en librerías tradicionales. La tendencia dentro de los canales de distribución se apoya en que gran parte del desplazamiento de productos ha pasado a los libros electrónicos, pues mientras las ventas de libros electrónicos crecieron en 995 millones de dólares en 2012, la venta de libros físicos disminuyó en 25 millones de dólares.

Estas cifras reflejan el fuerte crecimiento de los libros electrónicos. Según Bookstats, el crecimiento de las ventas de libros electrónicos en Estados Unidos siguió aumentando en 2012, aunque la tasa de crecimiento ha disminuido. Según el seguimiento que esta empresa hace del mercado del libro estadounidense, la venta de *ebooks* pasó de ser menor a 500 millones de dólares en 2008 a más de 3 mil millones en 2013, con tasas de crecimiento de 355% en 2009, 199% en 2010, 143% en 2011 y 44% en 2012.

EL EDITOR ACADÉMICO

Las transformaciones del texto digital y el libro electrónico no se limitan a estos dos actores tradicionales del mundo editorial. También el editor académico experimentará transformaciones relevantes por su necesidad de sustituir algunas herramientas de investigación, aprender el uso de otras y modificar su cultura arraigada al libro en papel.

El editor académico prepara la presentación de textos conocidos o inéditos a partir de un trabajo de investigación que se ve reflejado en ciertas decisiones. En algunos casos define quién es el autor o cómo ha de ocupar ese lugar (con el anonimato o el pseudónimo, por ejemplo); establece ciertos límites: entre todas las variantes del texto, decide la que recibirá mayor crédito; elimina partes, incluye otras. En fin, decide cuál es el texto verdadero, el más auténtico o el que tiene mayor autoridad. Para ello fija uno o varios textos, los ordena, los marca, introduce anotaciones, redacta notas y prólogos, hace introducciones, los ubica históricamente, los contextualiza y los atribuye. Con todas estas funciones, el editor elabora una interpretación del texto.

Hasta ahora, todo este trabajo ha tenido como fondo el objeto libro. El editor académico suele operar sobre el espacio de la página y a través de la secuencia de su numeración. Estas funciones han representado históricamente ciertas posibilidades de manipulación, organización y presentación del texto para hacerlo transmisible y comprensible. Muchos de los modos editoriales, desde la introducción de títulos y subtítulos, la paginación, la numeración de párrafos, el estudio introductorio, las notas al texto, etcétera, fueron tomando forma a partir de la disposición espacial de la página, sus características y su agrupamiento. De ahí que las referencias editoriales precedan al texto o lo sigan, o bien se ubiquen al margen de las páginas en las que aparece. El editor tradicionalmente opera en torno al texto: lo delimita en términos espaciales estrictos para contenerlo.

Los libros electrónicos por un lado modifican y por otro ensanchan las posibilidades del editor académico. Hay funciones que la página digital, flexible e inestable, todavía no permite hacer; por ejemplo, las ediciones bilingües a página confrontada. Pero el libro electrónico admite otras opciones porque a diferencia del libro en papel puede ser enlazado con otros recursos electrónicos. Ésta es quizá su principal característica. Así, la edición puede ser bilingüe y ser enlazada con la versión en el idioma original a través de un hipervínculo; las notas pueden convertirse en enlaces a otros textos, más allá de sus funciones de referencia y comentario. El libro electrónico es abierto, y uno podría pensar que es potencialmente infinito. En esa medida, el editor académico debe aprender a utilizar y dominar las variantes y las herramientas que ofrece el libro electrónico para utilizarlas en función de su trabajo de investigación.

Esto implica tener conocimiento del libro electrónico, de lo que su software permite y facilita, así como de sus limitaciones y problemas. El hecho de que el libro electrónico sea XML en su base abre una infinidad de posibilidades para realizar investigaciones y estudios, por lo que el editor académico tendrá que irse compenetrando con el conocimiento de esta tecnología como parte de su formación académica. ◀

En el próximo número de *La Gaceta*, sexta y última entrega.

12 La autopublicación va a impactar en otra esfera, como las universidades, que han sido tradicionalmente editoras importantes de libros. La reducción de costos y la facilidad de la producción electrónica de libros, aunado a canales poco eficientes de publicación tradicional, puede significarles un desbordamiento de la producción académica de libros más allá de su esfera de influencia, modificando por completo el mundo editorial académico, con implicaciones en los mecanismos de evaluación de la actividad académica.

13 Association of American Publishers, *The Book Industry Study Group Bookstats Volume 3*. Consultado en bookstats.org.